

CLAVE HERMENEÚTICA Y CONSEJOS EVANGÉLICOS

**Para una sana comprensión de los consejos evangélicos,
Una clave de lectura integradora***

Mag. Luz A. Betancur Posada¹

Resumen

Comprender los consejos evangélicos desde la clave hermenéutica propuesta implica reconocer la realidad como un complejo nudo de relaciones, donde no es posible la *des-ligación* de ninguna de las relaciones. La consecuencia práctica para un varón o una mujer consagrados, en particular, y para todos los seres humanos, en general, consiste en reconocer dicha complejidad y reconocerse inserto en ella, miembro activo del *movimiento de relaciones* y con la ineludible tarea de vivir y generar profundas y *sanas relaciones*. El religioso/a está llamado a ser un *experto en las cuatro relaciones expuestas*.

Palabras clave

Clave hermenéutica, consejos evangélicos, movimientos relacionales, vida religiosa.

Abstract

To understand the counsel found in the gospels from a hermeneutical perspective implies a conception of reality as complex set of relationships in which none of the relations can be broken apart. The consequence for a consecrated male or female and specifically for all human beings is to be aware of such complexity and his or her role as part of it as an active member of *the relational movement* and with the unavoidable task of living and creating deep and *healthy relationships*. People of the clergy ought to be experts in the relationships previously mentioned.

* Artículo de reflexión en la Línea Método y Conocimiento Teológico. Grupo de Investigación Teología Crítica, Fundación Universitaria Luis Amigó, Medellín (Colombia).

¹ Psicóloga de la Universidad San Buenaventura, magíster en Psicología “Casos clínicos” de la Universidad de San Buenaventura. Actualmente, docente de la Facultad de Filosofía y Teología de la Fundación Universitaria Luis Amigó y de la Facultad de Psicología de la Universidad de Antioquia.

Key words

Hermeneutic perspective, counsel found in the gospels, relational movements, religious life.

Introducción

El término *clave* se deriva del sustantivo latino *clavis-is*, que traduce al español por *llave*. La imagen de la llave remite a la posibilidad de acceder a una realidad hasta ahora inaccesible para nosotros. Cuando leemos el término *hermenéutica*, nos remitimos a la cultura griega que hace derivar este sustantivo, ‘*ermeneuo*’, de la mitología, con el significado de interpretar o traducir. En nuestros días, la hermenéutica es considerada una ciencia que se ocupa de la interpretación de tradiciones orales y escritas; así, por ejemplo, interpretar el sentido de un texto bíblico es tarea de la hermenéutica. Ahora bien, toda interpretación persigue la finalidad de comprender una determinada realidad, de tal manera que podamos acceder, en nuestros días, a los significados y sentidos que otros grupos humanos han dado a la realidad y que han transmitido de manera oral o escrita. En este sentido, el ejercicio de la interpretación busca actualizar una serie de significados que nos han llegado y nos podrían orientar en una sana comprensión de nuestra realidad. Hablar, entonces, de *clave hermenéutica* implica acceder a una tradición particular para comprender los significados que se han generado y actualizarlos en nuestro contexto vital.

Clave hermenéutica

Toda clave pretende acceder a una determinada realidad. La realidad que nos ocupa es compleja, pues no podría definirse con un término o concepto; de hecho, lo primero que tendríamos que considerar está relacionado con lo que llamamos realidad. ¿Qué es la realidad? ¿Es objetiva o subjetiva? ¿Es unidimensional o pluridimensional? Con el término realidad nos remitimos a una complejidad, a un conglomerado de acontecimientos en los cuales se desenvuelve la vida en todas sus manifestaciones, a una búsqueda permanente de significados, a un intento por descifrar el sentido de situaciones vividas, a una manera de abordar la totalidad o, por lo menos, lo que percibimos como tal. Para poder precisar lo que significa el término realidad es necesario acudir a otro término que permita esclarecer la

situación en cuestión, a saber: relación. Al consultar la etimología de esta palabra, nos encontramos con la forma verbal *re-ligare*, que podría traducirse como “*volver a ligar o atar*”; la imagen de la ligadura nos remite al enlace entre dos elementos o componentes; de hecho, nuestra palabra religión nos remite a la misteriosa *ligación* del ser humano con lo trascendente. Esto indicaría que el término relación nos permitiría señalar que lo que nosotros llamamos realidad se parecería a un complejo entramado de acontecimientos y situaciones que se percibirían como *ligados o atados* entre sí. La realidad, pues, podría definirse como uno nudo de relaciones, o como se afirma popularmente, como si “todo estuviera relacionado”.

Si esta consideración parece aceptable, entonces, tendríamos que inferir algunas consecuencias: a) si queremos ser justos con la realidad no podríamos separar ninguna dimensión de las demás; por ejemplo, si quisiéramos explicar el misterio del ser humano desligándolo de una dimensión trascendente, correríamos el riesgo de comprender al ser humano de una manera parcial y, por tanto, insuficiente; b) para comprender la realidad tendríamos que acostumbrarnos a una mirada de conjunto, lo cual implica considerar una serie de posibilidades que nos remitan a la totalidad; por ejemplo, si quisiéramos comprender el misterio humano tendríamos que agrupar una serie de posibilidades, a saber: el ser humano es un complejo bio-psíquico, lo cual es cierto, pero no explicaría la totalidad del ser humano; porque también, el ser humano es posibilidad de trascender su esfera física y psíquica; además, el ser humano también es posibilidad de relación, esto es, no se explicaría sólo desde sí mismo, necesita entrar en relación con otras realidades para poder comprenderse; el ser humano es percibido con capacidad de raciocinio, pero también logra conocer la realidad desde la intuición; este ejemplo nos ayuda a describir la complejidad del ser humano y, por tanto, la impertinencia de quererlo definir de manera unidimensional; es necesario una mirada de conjunto, de totalidad, para poder acceder al misterio que entraña el ser humano; c) por último, además de no separar las diferentes dimensiones y considerar un abanico de posibilidades, es necesario reconocer que la realidad discurre en un movimiento constante; el movimiento nos permite identificar

dimensiones no percibidas hasta determinado momento y nos permite identificar nuevas posibilidades.

Lo que denominamos realidad aparece, entonces, como un permanente fluir de relaciones, a diferencia de concepciones de la realidad que la perciben como una especie de quietud definitiva. La realidad no es estática, dada de una vez para siempre, es, más bien, un movimiento permanente que nos permite descubrir nuevas dimensiones y otras posibilidades para una mejor y más profunda comprensión de lo que llamamos realidad.

Hacia una mirada de conjunto

Afirmar que la realidad es un permanente fluir de relaciones no implica que los elementos o dimensiones relacionados sean absolutamente una novedad. La novedad es un aporte de la relación, no tanto de los elementos. Esto no significa que los elementos no contengan su propia capacidad de lo nuevo, significa, más bien, que la novedad de los elementos o dimensiones se hace evidente a partir de las relaciones. Ilustrémoslo. Una chica ha vivido siempre en su casa y ha hecho una serie de descubrimientos sobre sí misma a partir de su relación con la familia; llega el momento de establecer otras relaciones, por ejemplo, en la escuela; es posible que allí realice otros descubrimientos sobre sí misma que aparezcan como una novedad, habilidades deportivas o artísticas, por señalar algunos descubrimientos; más tarde conoce a un chico y hace otra serie de descubrimientos, como la capacidad de sentirse atraída o enamorada; después, en una relación de pareja, descubre y experimenta la novedad de ser madre y, de esta manera, infinidad de posibilidades. La chica del ejemplo es un elemento o dimensión de la realidad, en ella misma está la posibilidad de lo novedoso, pero lo nuevo se hace evidente a partir de la relación. Cada elemento o dimensión de la realidad contiene en sí mismo la posibilidad de lo novedoso, pero sólo es posible su evidencia (de lo novedoso) cuando se establece la relación. Por eso hemos afirmado que la realidad, como un permanente movimiento de relaciones, posibilita

la emergencia de la novedad, que nos permite comprender de manera más profunda su significado.

Lo anterior era necesario exponerlo para comprender los componentes que hemos propuesto como integrados en la clave hermenéutica. Para comprender la realidad necesitamos identificar unas relaciones básicas que permitan dar razón de la totalidad, del movimiento, de la ligación, de la novedad y de las posibilidades. Estas relaciones básicas serían: relación consigo mismo, relación con los otros, relación con lo otro y relación con el totalmente Otro. Metodológicamente haremos una presentación de cada relación para luego comprenderlas en su totalidad, de tal manera que podamos obtener una visión de conjunto que permita comprender la realidad que nos propongamos, en este caso, los consejos evangélicos.

Relación consigo mismo

La persona adulta puede reconocer una relación consigo mismo. En su interioridad se generan diálogos y discusiones; existe en su mente una serie de imágenes que le permiten dar significado a lo que le circunda; experimenta su cuerpo como la manera de estar presente en el historia y, de alguna manera, puede darse cuenta que en sí mismo se genera un permanente movimiento de búsqueda, de crecimiento, de posibilidades y de relaciones; la persona se experimenta (por utilizar una imagen), como un mundo inmenso y misterioso, muchas veces desconocido para sí mismo. Al tiempo que hace este simple y/o gran descubrimiento, reconoce que su mundo de relaciones no es el único existente; afuera existen otros mundos, otras personas, que han configurado su propio mundo de otras maneras e influidos por otras circunstancias; no sólo reconoce que existen otras personas, también reconoce que existe otro mundo, el escenario donde desarrolla su propio mundo, es decir, la creación o el conjunto de elementos que componen lo que denominamos naturaleza; además, el ser humano percibe de manera intuitiva que a parte de los mundos descritos, existe un *plus*, un *más allá*, un mundo que se nos escapa, pero que nos envuelve, un

mundo que parece estar fuera de nosotros, pero que nos contiene; a ese mundo lo hemos llamado de diferentes maneras: Dios, la trascendencia, la plenitud, el principio, el origen, la finalidad, entre otras denominaciones.

Además de lo dicho, la persona adulta está en condiciones de reconocer que su propio mundo se ha ido configurando en un movimiento de relaciones. La primera relación que establecemos tiene como protagonistas a nuestros padres; los otros, nuestros padres, son los primeros con los cuales entramos en relación. Después, en un proceso dilatado y nada exento de dificultades, entramos en relación con *lo otro*, lo creado, lo que ha cobrado vida gracias a la capacidad creadora del ser humano, es decir, los objetos y artefactos que somos capaces de construir; en otro momento del proceso, el ser humano descubre que él mismo va siendo el resultado de una serie de relaciones precedentes, es decir, toma conciencia de sí; se percibe como un mundo configurador de significado, con capacidad de orientar la propia vida y de asumir libremente decisiones; mucho más tarde, la persona empieza a darse cuenta de su profunda ligación con el misterio, con lo absoluto, con aquello que percibe como fuente de plenitud y de sentido.

De esta manera, podemos reconocer un *nivel sincrónico*, es decir, lo que se ha venido gestando con el tiempo (cronos), lo que ha surgido dentro de un proceso, y un *nivel diacrónico*, es decir, la capacidad que manifiesta el ser humano para realizar una mirada retrospectiva, a través del tiempo, para comprenderse a sí mismo. En otras palabras, el ser humano desde la *sincronía* reconoce que es el resultado de un proceso donde han intervenido múltiples relaciones y, desde la *diacronía*, descubre los momentos, las situaciones, las personas y las relaciones que le permiten comprender su propia existencia. Desde esta relación consigo mismo, la persona se percibe a sí misma como un nudo de relaciones, al tiempo que cae en cuenta de su participación en un movimiento de relaciones.

Relación con los otros

Esta relación significa el encuentro con otros mundos personales. Sin relaciones interpersonales no seríamos seres humanos. Existen diferentes niveles de relación entre nosotros; con los padres se establece una relación que se diferencia de nuestra relación con los amigos; la relación entre hermanos es diferente a la relación entre enamorados. Sea como sea, lo que no podemos eludir es la relación. Sin relaciones ni siquiera sabríamos quiénes somos. Son los otros, pues, quienes participan en el proceso de nuestra personalización; el otro me permite emerger como persona.

Cuando nos referimos a los otros debemos reconocer la cuestión de los géneros. El ser humano se encarna en la feminidad y la masculinidad; ambos géneros concretizan la abstracción de la expresión ser humano. Sin esta relación de géneros la vida no sería posible, no sólo en su aspecto biológico, sino en sus diferentes manifestaciones; al varón le faltaría vida si no estuviera relacionado con la mujer, por eso el texto bíblico del Génesis coloca en labios de Adán aquella expresión profundamente significativa: “Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (2, 23); lo mismo podríamos decir de la mujer en su relación con el varón. Ahora bien, los otros, los que me rodean, viven y trabajan conmigo, son varones y son mujeres, esto significa que con ellos y ellas he de establecer profundas relaciones para alcanzar equilibrio y armonía; ellos me permiten consolidar la propia identidad como varón, a la vez que podemos compartir experiencias y sentimientos que nos solidarizan en cuanto al género; ellas nos permiten descubrir que la existencia no es exclusivamente masculina, sino que nos abren a horizontes de comprensión que trascienden el propio género. Si sólo nos relacionáramos con varones o con mujeres, la existencia reclamaría otra manera de ser percibida, asumida y vivida. Podríamos extender la explicación de esta relación, pero excede el propósito del presente ensayo.

Relación con lo otro

Con el término *otro* queremos señalar un componente más de lo que hemos llamado realidad. La relación consigo mismo y la relación con los otros, tal como han sido descritas más arriba, hacen parte de la compleja realidad; lo *otro* nos introduce en un nuevo nivel de consideración. El ser humano descubre que desarrolla su vida y actividad, con los otros, en un escenario común que hemos denominado creación o naturaleza. El término creación nos remite a la acción de recibir; los elementos de la naturaleza están ahí, ofrecidos como un don, sin que nadie reclame su autoría, sin que nadie pueda afirmar con certeza de dónde han salido. De pronto, estamos insertos en este escenario común como un dato que nos antecede. Para explicar el origen de lo existente, de lo dado, de lo ahí presente, se han intentado varias posibilidades de explicación, sin embargo siguen siendo lo mismo, posibilidades, sin que nuestro intento por explicar su origen alteren su estar ahí. A pesar de lo dicho, el ser humano experimenta una misteriosa cercanía a lo que está ahí, como si se tratara de un ambiente familiar, como si estuviéramos ligados a su misteriosa existencia, como si no pudiéramos separarnos de su presencia, pues perderíamos parte de lo que somos; por tanto, lo *otro* es una dimensión que no podemos excluir de nuestro esfuerzo por comprender lo que llamamos realidad; sin lo *otro* la vida sería imposible, pues no existiría un escenario común donde nos encontremos con los otros y con nosotros mismos.

Nos referimos a lo que está ahí, a la naturaleza, pero el término *otro* remite a un nuevo componente: lo creado por nosotros a partir de lo que está ahí. Lo *otro* remite a los objetos, artefactos, máquinas, instrumentos, implementos, herramientas que hemos creado a partir de lo que se nos ha ofrecido; en este sentido, lo *otro* sería el resultado de la obra de nuestras manos, a diferencia de lo que está ahí presente que postula otras manos que nos lo habría ofrecido. Llegados a este punto, lo *otro* presenta una doble línea de comprensión: lo creado por tus manos, para nosotros la presencia de Dios, y lo creado por nuestras manos, es decir, la presencia del ser humano. Cuando nos referimos a la *obra* de tus manos estamos postulando la presencia y acción creadora de una realidad

distinta de nosotros, pero no distante, de una realidad que nos desborda, pero que nos acoge, de una realidad que nos empuja y, a la vez, nos recibe. Siguiendo la terminología adoptada, esta última relación se define en términos del totalmente Otro.

Relación con el totalmente Otro

Desde la cuna de nuestra cultura occidental, Grecia, se ha postulado la presencia de una realidad que trasciende, es decir, rebasa el límite, de la realidad misma, pero que a la vez la sustenta y es razón de su ser. A dicha realidad la identificaron con diferentes nombres; sus características variaron de escuela en escuela; sin embargo, hubo un elemento común a todas ellas: lo trascendente explicaría el origen de lo existente, además de ser su propia consumación. A lo largo de la historia de occidente se han elaborado infinidad de discusiones sobre el particular; algunos pensadores han postulado su existencia, otros la han negado; a pesar de las contradicciones, parece que si no existiera no habría necesidad de negarlo, así como si existiera no habría necesidad de afirmarlo.

En todo caso, si queremos abordar la totalidad de la realidad no podemos prescindir, sin más, de aquella dimensión que intuimos como el *plus* del ser humano, como el sustento de nuestro escenario común, como el destino, la madurez y plenitud de todo este movimiento que hemos llamado realidad. ¿Cómo explicar lo que está presente ahí, sin ningún concurso nuestro? ¿Cómo explicar ese anhelo de plenitud que reside en cada uno de nosotros, aunque lo queramos ignorar? ¿Cómo comprender ese misterio que eres tu, que soy yo, que somos nosotros? Parece que desde nosotros mismos no tendríamos los suficientes elementos para responder estas inquietudes que surgen desde nosotros mismos; lo *otro* aparece como presencia del totalmente Otro, pero no lo podría explicar desde sí mismo. ¿Qué nos queda? Intentar una respuesta desde una visión de conjunto, desde una clave que nos permita abordar la totalidad, desde un complejo entramado de relaciones.

En síntesis

Elaborar un análisis de la realidad desde esta clave hermenéutica implica recordar una serie de implicaciones: a) toda realidad a examinar ha de considerarse desde las cuatro relaciones; b) si a una determinada realidad se le *des-liga* de una de las cuatro relaciones correríamos el riesgo de perder la visión de totalidad; c) para comprender una determinada realidad necesitamos considerar las diferentes posibilidades que ofrece el movimiento de las cuatro relaciones; d) las cuatro relaciones las podemos identificar en todas las situaciones y circunstancias de la vida humana en el escenario común. Abordaremos, a continuación, el análisis, desde esta clave hermenéutica, de los consejos evangélicos.

Consejos evangélicos desde la clave hermenéutica

Para no pocos consagrados resulta complicado comprender y, en consecuencia, asumir de una manera saludable lo que identificamos con la expresión consejos evangélicos. Se ha desfigurado, en algunos sectores de la tradición cristiana, el significado de la obediencia, de la pobreza y de la castidad, convirtiéndose en un verdadero problema que parece obstaculizar el proceso de madurez de muchos seres humanos que han profesado libremente la propuesta evangélica de Jesús configurada, históricamente, en los tres famosos votos. De entrada descubrimos que los consejos evangélicos no pueden comprenderse de manera separada, ni privilegiando uno de ellos sobre los otros dos, ni viviéndolos como si su única finalidad consistiera en una fusión intimista con la divinidad. Intentaremos aplicar la clave hermenéutica para una comprensión de totalidad sobre los consejos evangélicos.

Vida Consagrada

El término consagración remite a una relación con lo sagrado. De los objetos, de los lugares y de las personas podemos afirmar que están *separados* para expresar de una manera elocuente su relación con lo sagrado. Ahora bien, si separar implica *des-ligar* tendríamos que analizar si se trata o no de una realidad asumida en su totalidad. Por ejemplo, si una persona consagrada, para lo sagrado, es apartada o se aparta de sus semejantes para dedicarse exclusivamente a Dios, afectando la relación con otros seres humanos y, si además, asume una visión pesimista con relación a lo creado hasta el punto del desprecio o la condenación, so pretexto de agradar a Dios y, si él o ella llegara a despreciarse a sí mismo/a, resultaría que dicha consagración estaría distorsionando la realidad comprendida como nudo de relaciones, puesto que las estaría lesionando al separarlas y valorarlas como si se trataran de dimensiones sin ninguna conexión.

Para comprender el significado de lo sagrado es preciso no realizar escisiones, como si lo sagrado se refiriera solo al *totalmente Otro*. Hemos dicho que las cuatro relaciones no podrían abordarse de manera separada, luego lo sagrado se refiere a la totalidad, de allí las conocidas expresiones que indicarían este tipo de percepción, a saber: “la tierra es sagrada”, “la vida humana es sagrada”, “leer la Sagrada Escritura”, “el lugar que pisas es sagrado”, “comulgar con el pan sagrado”, “nuestro amor es sagrado”, etc. El sentido de la consagración, entonces, hace referencia a la conciencia que va emergiendo en nosotros en relación con la totalidad. Mientras más nos insertamos en el entramado de la realidad, más comprendemos el significado de lo sagrado como totalidad.

Recordemos, a propósito de la conciencia, que ésta se va gestando en un complejo movimiento *sincrónico*. A mayor movimiento de relaciones, si no existen impedimentos serios, mayor comprensión de la realidad como totalidad; en consecuencia, mayor comprensión de lo sagrado. Una vida humana configurada desde esta lógica podría denominarse, sin dificultad, vida consagrada. Esto implicaría reconocer que la expresión *vida consagrada* no es patrimonio exclusivo de la fe cristiana. Una vida consagrada es una posibilidad de todo ser humano.

Digámoslo una vez más: el significado de la consagración está íntimamente relacionado con la emergencia de una conciencia que se percibe y se relaciona en un contexto de totalidad. Esta emergencia de la conciencia acontece en el ámbito de la relación consigo mismo.

La obediencia. Relación con el totalmente Otro

Comúnmente hemos comprendido el significado de la obediencia en el contexto de unas relaciones humanas donde unos asumirían la vocería en nombre de Dios y otros se esforzarían por cumplirla. No es difícil reconocer que la obediencia vivida de esta manera podría generar serios problemas de relación entre los miembros de una misma congregación religiosa, pues no está exenta de abusos, arbitrariedades e infantilismos. En el origen de la palabra encontramos un sufijo, *ob*, y una forma verbal, *audire*, que en su composición nos ofrecerían la idea de permanecer en actitud de escucha. ¿Escuchar al totalmente Otro? ¿Cómo habla? ¿Cómo lo escuchamos? Si recordamos que ninguna de las cuatro relaciones se puede abordar de manera separada, tendremos que concluir que la sugerencia del totalmente Otro viene mediada por *los otros* y por *lo otro*, percibida en la relación *consigo mismo*.

La obediencia, entonces, se podría definir como una sana relación con el totalmente Otro que me permite escucharlo a través de los otros y de lo otro. ¿Escuchar al totalmente Otro? ¿Qué tendría que decirnos? Para responder estos interrogantes tenemos que dirigir nuestra atención hacia la persona de Jesús de Nazareth. En él, para nosotros los creyentes, Dios ha revelado la plenitud del ser humano, el término del proceso de madurez de la persona. Lo que Dios tendría que decirnos viene traducido en la vida, obra y destino de Jesús. Ahora bien, Jesús vivió una íntima relación con el *Abbá*, una manera de llamar el misterio de lo trascendente; estuvo en una permanente actitud de escucha y logró descubrir que la voluntad de Dios consistía en desarrollar el potencial humano que nos permitiría la divinización, potencial que es percibido como un don, pues el ser humano por sí

mismo no se otorga la existencia, y como una tarea, pues al ser humano le corresponde desarrollar el don recibido. Por medio de la obediencia, nosotros no nos *des-ligamos* de nuestro ser fundamental, de nuestra identidad divina, de nuestra condición de imagen y semejanza de Dios. La distorsión del ser humano consistiría en abandonar su fuente, en separarse de su identidad divina, en vivir según su propia imagen y semejanza. Estas situaciones vienen expresadas en el término *des-obediencia*.

En consecuencia, la obediencia nos permite vivir y desarrollar la imagen y semejanza de Dios que cada uno de nosotros es. Jesús, como ser humano relacional, haría parte de *los otros* que nos permitiría escuchar al *totalmente Otro*. Quien profese el consejo evangélico de la obediencia asumirá una actitud de atenta escucha a la voluntad de Dios, se esforzará por reconocer la presencia de Dios en él/ella, tratará de desarrollar la imagen y semejanza de Dios que es y estará atento, con todos los sentidos alerta, para reconocer el susurro de Dios en *los otros, lo otro y, por supuesto, en sí mismo*.

La castidad. Relación con los otros

Muchas de nuestras dificultades están relacionadas con *los otros*. La manera como los *otros* se han relacionado *conmigo* influyen en la propia manera de ser; de igual forma, la manera como yo me relaciono con los *otros*, afecta la vida de éstos. Mutuamente nos afectamos. Resulta evidente que nuestros conflictos, enfermedades, inconformidades y situaciones que nos hacen sufrir, están relacionados con los *otros*. Si te detienes con atención en uno de tus conflictos, vas a descubrir que siempre encontrarás una persona en el origen de tu malestar, así, como también, tú harás parte del malestar de *otras personas*. La castidad no se puede comprender como una especie de represión de la sexualidad o mutilación de la capacidad inherente para relacionarnos con los *otros*, puesto que el mismo término sexualidad indica la posibilidad, y necesidad, de relacionarnos mutuamente; recordemos lo dicho más arriba: sin relaciones humanas ni siquiera

sabríamos quiénes somos. Enfermiza es aquella concepción de la castidad que reduce su significado al no ejercicio de la genitalidad. Es posible que un ser humano decida no ejercer su genitalidad, pero es imposible que decida no ejercer su sexualidad. La sexualidad como posibilidad de relación es un imperativo humano.

Desde esta perspectiva, la castidad ha de comprenderse como la capacidad de establecer sanas relaciones interpersonales. Allí donde exista dependencia afectiva, subordinación, maltrato, humillación, falta de consideración, desconocimiento de los movimientos interiores del *otro*, imposibilidad para expresar la propia intimidad, miedo a ser *uno mismo* u otras situaciones que destruyan, no podríamos identificar sanas relaciones interpersonales, sino todo lo contrario, a saber: in-sanas relaciones. Volvamos la mirada a nuestro referente. Si nos fijamos detenidamente en la presentación que hacen los evangelios sobre Jesús, descubriremos que una de sus características era la capacidad de establecer sanas relaciones, hasta el punto de experimentar, en el caso de aquellos y aquellas que entraban en contacto con él, la liberación, el reconocimiento y la sanación. El tema de la castidad no consiste en el cuidado relacional para con las mujeres, en el caso de los varones consagrados, o en el cuidado relacional con los varones, en el caso de las mujeres consagradas, consiste, más bien, en el cuidado relacional con los *otros*, varones y mujeres; quien profese el consejo evangélico de la castidad y, al mismo tiempo, manifieste incapacidad para una sana relación con ellos y ellas, no habría comprendido, en lo más mínimo, lo que significa tal consejo evangélico. Adelantemos una de las conclusiones del presente ensayo. El religioso/a que haya comprendido el significado del consejo evangélico de la castidad, tendría que ser un experto en las relaciones interpersonales.

La pobreza. Relación con lo otro

Ya dijimos que lo *otro* presenta una doble línea de comprensión: lo creado por sus manos, refiriéndonos al misterio de la creación de Dios, y lo creado por nuestras manos, remitiéndonos a lo creado por nosotros. La ciencia y la técnica podrán manipular la vida, pero siempre tendrán que partir de un dato biológico que las antecede; este dato biológico, lo que está ahí presente, es percibido como un don, por lo menos en una comprensión creyente de la existencia; pero, a partir de lo ahí presente, el ser humano ha desarrollado la capacidad de transformar, crear e inventar una serie de objetos y artefactos que le permiten adaptarse mejor a las condiciones de la naturaleza; esa es la obra de nuestras manos.

El problema comienza cuando el ser humano, por esta capacidad que ha desarrollado, vive en la ilusión de ser un pequeño *dios*, como si toda la realidad dependiera de su capacidad de transformación; agreguemos que existe otro peligro en esta dinámica: depender de la obra de nuestras manos; cuando el ser humano llega a depender de sus propias obras, se ha invertido la estructura axiológica que garantizaría la salud del mismo ser humano; los objetos y artefactos dominarían al hombre, lo harían su esclavo, lo idiotizarían hasta el punto de cosificarlo; además, la ausencia de escrúpulos, llevaría a que un grupo de seres humanos pretenda tiranizar a la gran mayoría a partir de los creados por ellos mismos. Como se ve, una *in-sana* relación con lo *otro* repercute en la relación con los *otros*, en la relación con el *totalmente Otro*, puesto que sería desplazado de su condición de Señor, y, finalmente, en la relación *consigo mismo*, pues el ser humano se alejaría de su identidad como imagen y semejanza de Dios para convertirse en una especie de monstruo que devora toda la realidad.

Quien profese el consejo evangélico de la pobreza sabrá otorgar el lugar que le corresponde a la obra de nuestras manos, reconocerá la creación de Dios como un don que merece respeto, cuidado y estima, y establecerá sanas relaciones con los *otros*, utilizando lo *otro* como una mediación. Depender de la obra de nuestras manos, sufrir por la no posesión de los objetos y artefactos, y vivir en función de la acumulación que nos separa de los *otros*, es un claro indicador de no haber

comprendido el significado de la pobreza como consejo evangélico. Recordemos las palabras de Jesús cuando invitaba a sus discípulos a vivir con lo necesario, confiando en la providencia del Padre que no abandona a sus hijos/as.

BIBLIOGRAFIA

- Boff, L. (2002). *El Águila y la Gallina*. Madrid: Trotta
- Boff, L. (1985). *Testigos de Dios en el corazón del mundo*. Madrid: Instituto Teológico de Vida Religiosa.
- Bohm, D. (2005). *La Totalidad y el orden implicado*. Barcelona: Kairós.
- Cencini, A. (1996). *Por Amor con Amor en el Amor*. Madrid: Atenas.
- Cencini, A. (2006). *Virginidad y celibato hoy*. Santander: Sal Terrae.
- Wilber, K. (1998). *Sexo, Ecología, Espiritualidad*. Ediciones Gaia.